

CIENCIA FICCION

SEGUNDA SELECCION



Estas antologías son una selección de los relatos publicados en la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en los géneros de anticipación y fantasía científica.

Contenido

Presentación: *¿Evasión o distanciamiento?* Carlo Frabetti.

El cebo (Bait) Bob Leman, 1966.

La parra (The Vine) Kit Reed, 1967.

La chica de O'Grady (O'Grady's Girl) Leo P. Kelley, 1965.

La Mansión de las Rosas (The Manor of Roses) Thomas Burnett Swann, 1966.

El primer postulado (The First Postulate) Gerald Jonas, 1967.

Luana (Luana) Gilbert Thomas, 1966.

Planeta "casi" habitable (Near Thing) Robin Scott, 1966.

PRESENTACIÓN

¿Evasión o distanciamiento?

Uno de los argumentos favoritos de los detractores de la SF, consiste en afirmar que se trata de un simple género «de evasión», de un conjunto de «cuentos de hadas» tecnológicos, en los que los duendes, magos y dragones han sido substituidos por robots, mutantes y monstruos extraterrestres...

La SF nos aleja de la realidad cotidiana, qué duda cabe. Pero alejarse no es necesariamente evadirse. El pintor se aleja del cuadro para lograr una visión de conjunto que la excesiva proximidad no permite.

Al igual que la parábola, la alegoría o algunas manifestaciones del teatro del absurdo, los relatos de SF pueden transponer situaciones actuales a un plano fantástico, con el fin de lograr cierto tipo de distanciamiento —en el sentido brechtiano— que, al disminuir los efectos anestésicos de la rutina, permita un análisis más lúcido y objetivo de la realidad.

Otras veces la SF recurre a la caricatura, y para poner de relieve las taras y contradicciones de nuestro mundo, las lleva hasta sus últimas consecuencias, proyectándolas en el futuro y mostrándonos las grotescas situaciones a las que podemos llegar si persistimos en determinados errores. Del mismo modo que algunos teoremas se demuestran por el método de «reducción al absurdo», hay relatos de SF que

revelan la inconsistencia de ciertas hipótesis que damos por válidas gratuitamente, sin más que mostrarnos sus posibles consecuencias futuras.

La SF —y ésta es su característica más específica, la que más la diferencia de otras literaturas fantásticas— es fundamentalmente especulativa. Los relatos de SF parten de unas premisas imaginarias (obtenidas generalmente por extrapolación de determinados elementos de la realidad) y desarrollan sus consecuencias lógicas, hasta llegar a unas conclusiones más o menos explícitas.

Nada más lejos de la evasión.

La presente antología reúne un variado, aunque sucinto, muestrario de las posibilidades de la fantasía y la SF. Desde el relato muy breve hasta la novela corta, desde el Heroic Fantasy hasta la SF más especulativa, desde el humor más delicado hasta la sátira implacable, pasando por esa escalofriante alegoría kafkiana que es La parra, las más importantes técnicas y tendencias están aquí representadas.

Sean cuales fueren sus gustos literarios, estoy seguro de que, tras leer este volumen, el lector que todavía no sea un adicto al género, sentirá deseos de profundizar en la SF.

Y de otra cosa estoy seguro: el que haya emprendido la lectura de este libro con la intención de «evadirse»... no lo conseguirá.

CARLO FRABETTI

EL CEBO

Bob Leman

Los argumentos empleados por los vendedores a domicilio para convencer a sus presuntos clientes suelen ser bastante peregrinos..., pero nunca tanto como en el caso de este relato, el primero de SF escrito por su autor. Como es frecuente en los escritores que sólo esporádicamente se adentran en la SF, toca un tema ya clásico en el género; pero dándole un tratamiento muy peculiar y matizándolo con acertados toques de humor, que contribuyen a incrementar el impacto del sorprendente e ingenioso desenlace.

Era la última casa al final de la calle, una hermosa mansión georgiana construida sobre un par de acres de césped perfectamente cuidado.

Incluso bajo el azote del duro mes de febrero, la lluvia parecía prestarle cierto aire de comodidad y abrigo. La luz de sus ventanas caía suavemente sobre mí a través del crepúsculo de plomo cuando me acerqué a la calzada de coches del edificio.

El agua sonaba en el interior de mis zapatos.

El picaporte estaba formado por una gran águila de metal que sostenía una bola en el pico. Llamé suavemente. Tuve que cobrar ánimos para hacer aquella última llamada. Tenía las ropas totalmente empapadas y mis pies estaban tan fatigados como mojados. Por otra parte tenía frío. Pero también tenía un plan que llevar a cabo y no habría nada que pudiese desviarme del camino emprendido. Calle por calle, casa por casa, estaba «peinando» la ciudad. Si me atrasaba en tal programa una sola vez, lo único que lograría sería quedarme más y más atrás. Gracias a Dios aquella era la última visita del día.

Oí cómo giraba la manilla de la puerta y fijé en mi rostro la estereotipada sonrisa del vendedor. Se abrió la puerta unas ocho pulgadas. La voz de una mujer preguntó:

—¿Sí...?

—Buenas tardes —dije—. Me gustaría charlar con usted durante unos minutos sobre la duración de su vida.

La puerta se abrió un poco más.

—¿Qué es lo que vende, joven?

—Una vida larga, señora —respondí—. Una vida muy larga.

En aquel momento veía bien a la mujer. Era una señora de aspecto muy distinguido, una anciana aristócrata, una verdadera *grande dame*. Sus blancos cabellos estaban meticulosamente peinados con estilo ya pasado de moda, y en su garganta brillaba un enorme diamante pendiente de una cadena de oro. Su rostro estaba surcado por muchas arrugas y exteriorizaba cierta dureza. Su voz y modales evidenciaban educación. Me sentí entonces mucho más consciente de mis ropas empapadas y de la expresión que sin duda aparecería en mi rostro.

La mujer me miró fijamente.

—¿Una larga vida? —interrogó—. ¿Qué es lo que usted vende?

Una ráfaga de viento lanzó sobre mi espalda la helada lluvia, que también penetró por la puerta entreabierta. La mujer añadió:

—Bien, será mejor que pase antes de que los dos nos quedemos congelados.

Penetré en el vestíbulo y la mujer cerró la puerta.

Me miró entonces abiertamente mientras de mis ropas goteaba el agua sobre la gruesa alfombra. Había visto, por supuesto, mi maletín y entonces volvió a mirarlo para preguntar a continuación:

—¿Productos alimenticios?

—No vendo cosas de comer, señora... señora...

—Moswell —dijo la anciana.

—No vendo productos alimenticios, señora Moswell, pero lo que tengo que decir se relaciona con la comida. Si me concede unos minutos de su tiempo le enseñaré algo que puede cambiar toda su vida.

—Entonces serán libros.

La mujer estaba arruinando mi discurso. Yo «vendía» libros, por supuesto, pero era demasiado pronto para mencionar tal extremo. Siempre es mucho mejor mantener el

interés de la entrevista hasta llegar a mostrar el libro. Hay muchas más personas de las que se cree que escapan al ver un libro.

—Señora Moswell —dije—, lo que voy a decirle puede parecer increíble en un principio, pero espero que me escuche hasta el final. Hablo en serio cuando digo que éste puede ser el día más importante de su vida.

La dama sonrió ligeramente.

—Sin duda... sin duda —murmuró con tono de condescendencia.

Consultó su reloj y añadió:

—¿Puedo preguntarle cuál es su nombre, joven?

—Smeed, señora Moswell. Ripley Smeed.

—Señor Smeed, si cuelga usted ahí su abrigo, me encantará escuchar por qué este día será tan importante.

La seguí hasta el *living-room*. Me sentía allí tan desplazado como un caballo en una biblioteca. Era una estancia larga, ricamente alfombrada, y en las paredes había cuadros al óleo en los que aparecían caballeros victorianos muy barbudos. En el extremo opuesto de la estancia ardían grandes leños en la chimenea de mármol. Las lámparas arrojaban una suave luz sobre el esplendente mobiliario. Era una hermosa estancia, algo más que rica y algo más que cómoda en comparación con la desahogada tarde del exterior.

La dama me hizo ocupar un asiento cerca del fuego. El calor pareció abrazarme en el acto, desde el momento en que me hundí en el formidable sillón. Había una bandeja de té sobre una pequeña mesa. La señora Moswell dijo:

—¿Quiere usted tomar una taza de té? En este momento estaba a punto de tomar el mío.

—Gracias —respondí—. Lo acepto encantado.

Esperaba que mis palabras no sonasen a excesiva sorpresa. Recibir una oferta de té servido en taza de porcelana con pesado servicio de plata no es experiencia común en los vendedores de libros.

—¿Leche o limón? —preguntó la mujer.

—Leche, por favor —respondí.

Mis dientes chocaban intermitentemente a la vez que el calor del fuego comenzaba a extraer el frío de mis huesos. La mujer me miró nuevamente y dijo:

—¡Oh, no! Está usted congelado. Será mejor que tome algo de esto en su té.

Tomó de un pequeño armario una jarra de cristal exquisitamente tallado y vertió un poco de licor en mi té. Era un ron oscuro, y tan suave como el agua de lluvia, pero que al mezclarse con el té caliente pareció lanzar explosiones de súbito calor hasta las yemas de mis dedos.

La dama tomó asiento con majestuosidad patricia, firmemente erguida, y sosteniendo delicadamente en una mano la taza de té. Luego dijo:

—Bien, señor Smeed... dígame lo que tiene que vender.

—Señora Moswell —contesté ansiosamente inclinándome hacia delante—. La gente no tiene por qué envejecer. No hay ninguna razón, en absoluto, que abone el hecho de que alguien tenga que padecer las incapacidades y molestias de la edad avanzada. No tienen por qué existir el endurecimiento de las arterias, el riñón débil, o el corazón fatigado. La artritis alcanza a los huesos, la dispepsia al estómago, y hay padecimientos del hígado... todo ello sin ninguna razón de ser. Los jóvenes tienen el cabello brillante, los ojos claros, y la piel fresca, mientras que los viejos aparecen grises, reumáticos y arrugados. Esto no tiene por qué ser así. ¡La edad avanzada ha sido conquistada!

La mujer me dirigió una mirada irónica y dijo:

—Me temo, señor Smeed, que ha venido usted a mí un poco tarde. Yo ya padezco la mayor parte de esos achaques.

—¡Ah!, pero con este método podrán desaparecer por completo.

—Señor Smeed, eso me suena a ridículo.

—No señora, nada de eso. El envejecimiento, sabe usted, se da en las células individuales del cuerpo, pero no en el organismo como conjunto. Cuando las células envejecen... y cuando en su reproducción por escisión el par de células resultante es menos viable que la célula original... entonces es cuando tiene lugar el deterioro de las partes y órganos del cuerpo. Llamamos a esto envejecer.

»Ahora bien, se ha descubierto un método para refrescar y rejuvenecer las células del cuerpo. Es un método conveniente y enormemente sencillo que puede seguir cualquiera. Cuando las células individuales permanecen vigorosas, entonces no puede tener lugar el envejecimiento. Y yo estoy aquí hoy, señora Moswell, para que usted pueda usar este método.

En aquellos instantes me hallaba en mi ambiente, lanzándome hacia delante a toda velocidad, proporcionando realismo a la inventada charla sobre las ventas. El ron había engrasado muy satisfactoriamente mi lengua. La taza de té estaba ya vacía y, sin preguntarme si deseaba más, la señora Moswell me sirvió más té y más ron. Luego dijo:

—¿Y cuál es su método, señor Smeed?

—Dieta, señora Moswell —respondí majestuosamente—. O más bien, cierta adición a la dieta...

Me detuve y bebí un sorbo de té para añadir a continuación:

—Se ha sabido que, ciertas sustancias comunes, tomadas como suplemento en la dieta ordinaria de uno, detendrán el fenómeno conocido bajo el nombre de envejecimiento. Entenderá usted que no estoy hablando de los llamados «productos alimenticios para la salud...»: hígado desecado, médula ósea y cosas por el estilo, sino de verdaderas sustancias que se encuentran en cada hogar. Estas sustancias, tomadas en cantidades adecuadas, combinadas con las moléculas proteínicas de la comida corriente, forman algo que se llama «provín». El provín rejuvenece las

células del cuerpo. En efecto, la convierte a usted en joven nuevamente.

»Ahora bien, señora Moswell, este libro es en realidad un libro de cocina, un libro de recetas...

Y al pronunciar estas últimas palabras se lo entregué, añadiendo:

—Permítame mostrarle lo sencillo que es todo esto. En la página veintidós hay una receta de una tortilla. ¿Quiere usted leerla, por favor? Como verá usted, el libro en su presentación no es gran cosa. La encuadernación es más bien modesta, y el papel es de tercera clase, así como la impresión es evidentemente barata. Pero aun así, me costó todo mi dinero lograr imprimir y encuadernar tres mil ejemplares.

La señora Moswell alzó los ojos del libro. A continuación alzó también ambas cejas.

—¿Yodo? ¿Cremor tártaro...? ¿En una tortilla?

Bebí otro sorbo de té y dije:

—Notará usted, señora Moswell, que las cantidades empleadas son muy pequeñas, evidentemente. Las recetas exigen que las adiciones sean dosis solamente homeopáticas. Hallará usted, por ejemplo, que en esta receta de una tortilla se añadirá suficiente yodo si se ha empleado sal como aderezo. Sin embargo, estas pequeñas cantidades de yodo y cremor tártaro producirán, en la mezcla del huevo y bajo la temperatura necesaria para hacer una tortilla, una pequeña cantidad de provín. Será una cantidad suficiente para activar las células del cuerpo durante un mes. Si cada mes usted come un plato preparado con una de estas recetas, la juventud permanente será suya.

—Bien, señor Smeed, no creo que hable usted en serio.

—Señora Moswell, por favor, ¿quiere usted mirar esto?

Le entregué el certificado de nacimiento. Estaba arrugado y hasta sucio de tanto manejarlo, pero se leía perfectamente que Ripley Smeed había nacido en Bagby County, Nebraska, el día 14 de agosto de 1898. Luego dije:

—Es mi certificado de nacimiento, señora Moswell.

—Pero esto..., bien... esto le haría a usted tener ahora mismo sesenta y ocho años de edad.

—Así es.

La mujer se echó a reír, auténticamente divertida, y a mí, sin saber por qué, me agradó su postura. La señora Moswell dijo luego:

—Veintiocho años tiene que ser, y sin duda es su verdadera edad, digo yo.

Era una mujer aguda. Lo que decía era cierto. Tendría que obrar con ella con más cuidado.

Dije apresuradamente:

—Señora Moswell, por favor, créame. Lo que le estoy diciendo es absolutamente cierto. Tengo sesenta y ocho años de edad. El provín me ha convertido en una persona joven. ¡Y a usted también la puede convertir en una muchacha hermosa!

Yo esperaba no excederme mucho en mi emoción. Me daba cuenta de que estaba un poco bebido.

—Hace cuatro años, señora Moswell —añadí—, no hubiese usted dudado de mi edad. Tenía sesenta y cuatro y, efectivamente, era tan viejo como parecía. Tenía las arterias endurecidas y mi corazón se parecía mucho a una cafetera vieja. Me quedaban solamente seis dientes y no había nada más que pellejo en mi cráneo... y todo esto hace solamente cuatro años.

»Entonces fue cuando comencé a añadir cierta cantidad de cremor tártaro y un poco de yodo a mis tortillas, unas gotas de jugo de soja y también cierta cantidad de un tónico capilar en mi ración de carne. Y durante cada año que seguí la dieta, mi edad comenzó a decrecer en diez años. Tengo el aspecto y me siento fuerte como un hombre de treinta años. Y cualquiera puede hacer lo mismo. “Usted” también podrá hacer lo mismo que yo, señora Moswell.

Entonces la señora Moswell no rió.

—¿Y cómo descubrió usted esta substancia milagrosa, señor Smeed?

—Bien, verá usted, conocíamos ya la existencia del provín, y trabajamos mediante pruebas y equivocaciones... trabajamos así durante largo tiempo... para ver si podíamos «fabricarlo» nosotros mismos.

La mujer volvió a llenar mi taza de té antes de hablar nuevamente. Me recordaba a la señorita Beiderbeck, mi profesora de noveno grado de inglés. Luego dije:

—Dice usted «nosotros», señor Smeed, ¿acaso cuenta con socios?

Me dije a mí mismo: «Ahora tómallo con más calma. Pisa con cuidado a partir de ahora. Esto tiene que hacerse perfectamente bien». Luego dije en voz alta:

—Solamente mi esposa. En realidad es ella quien hace las pruebas, y la que aprendió a mezclar el provín en nuestra comida. Mi única contribución ha sido extender la noticia en la medida en que he podido y puedo hacerlo... y la verdad es que no he logrado gran cosa. La publicidad es cara. Lo que estoy esperando es demostrar la verdad de este descubrimiento a alguien que cuente con el dinero suficiente para financiar un programa que proclame en el mundo entero todo esto, señora Moswell.

—De acuerdo. Pero, ¿cómo llegó su esposa a conocer que existía esta substancia llamada provín, señor Smeed, y luego decidirse a hacer las pruebas?

Respiré hondo antes de contestar. Nos hallábamos en el punto donde ella podía decidir que yo era un peligroso lunático. Dije:

—Ella se ha mantenido toda su vida sólo con comida con contenido de provín. Luego, súbitamente, se encontró sin él. Sabía que comenzaría a envejecer a menos que lograra hallar el medio de obtenerlo, y así comenzó a realizar experimentos. Tardó años en conseguirlo. Cuando lo descubrió ya estábamos casados y pude beneficiarme porque comí lo que ella comía. Ya ve usted los resultados.

La expresión de la señora Moswell era difícil de adivinar.

—Dice usted que vivió toda su vida con comida que contenía provín. Entonces, ¿he de creer que ha vivido una vida muy larga?

—Exactamente.

—¿Qué edad tiene ella, señor Smeed?

Había llegado el momento. Allí podría desequilibrarse la balanza.

Respondí:

—Cuatrocientos dieciocho años, señora Moswell.

La mujer bebió té y me miró pensativamente. Yo me sentía razonablemente seguro de haberla manejado en la debida forma, que se vería obligada a hacerme más preguntas, pero aún era posible que la mujer se echara a reír y me expulsara de su casa. Luego habló y sentí que me inundaba una ola de alivio. Preguntó:

—Pero si su esposa se crió con esta substancia mágica es casi seguro que se la hubiesen administrado sus padres, y eso podría significar que aún viven y que incluso sean mucho más viejos que ella, ¿no?

—Es muy probable.

—Entonces, ¿dónde están? ¿Por qué nadie ha oído hablar nunca de esta familia que ha vivido tantos años?

—Señora Moswell —dije con firmeza—. Yo vendo este libro por dos dólares. Comprando un ejemplar podrá usted aprobar o desaprobar lo que estoy diciendo. ¿Por qué no adquirir un ejemplar? Entonces no la entretendré más.

—¡Oh, no, señor Smeed! —respondió la mujer con igual firmeza—. Estoy muy interesada en escuchar todo esto. Y ahora dígame: ¿dónde viven sus padres? ¿En algún lugar misterioso e inaccesible? ¿En el Tíbet o en la Antártida?

La mujer estaba colocando un cebo, al igual que podría hacerlo con un nieto que evidenciase un afecto irracional hacia los Beatles. Yo respondí tan seriamente como pude:

—Señora Moswell, si tiene usted tiempo para escuchar, me alegrará contarle lo que sé acerca de eso. Y si es difícil de creer, procure tener en cuenta lo poco que sabemos so-